UN CAMINO PARA LEER EL TERRITORIO: LA VEREDA DE LAS AGUAS A PEÑALOSA

A PATH TO READ THE TERRITORY: THE WATER PATH TO PEÑALOSA

José María Cantarero Quesada
Historiador – EPG del Turismo y del Deporte de Andalucía
jmcantarero@andalucia.org

Rosa Cruz Cabrera (fotografías)[1]

Resumen: Hay senderos concebidos únicamente para el disfrute deportivo o recreativo, a veces enriquecidos con algún atractivo cultural. La Vereda de las Aguas a Peñalosa, sin embargo, es mucho más que un itinerario para caminar. A lo largo de su recorrido se entrelazan grandes episodios históricos que explican la evolución de esta parte de la Sierra Morena jiennense con pequeñas historias de la vida cotidiana, protagonizadas por quienes habitaron y transformaron este territorio. El resultado es un paisaje cultural de extraordinaria riqueza, donde naturaleza, patrimonio y memoria se funden para ofrecer al visitante una experiencia que va mucho más allá del simple paseo.

Palabras clave: caminos, minería, Peñalosa, argárico, Baños de la Encina.

Abstract: Some trails are designed solely for sport or leisure, occasionally enhanced by points of cultural interest. The Vereda del Agua to Peñalosa, however, is much more than a walking route. Along its course, major historical events that shaped this part of the Sierra Morena in Jaén intertwine with the everyday stories of the people who lived in and transformed this landscape. The result is a cultural landscape of remarkable richness, where nature, heritage and memory come together to offer visitors an experience that extends far beyond a simple walk.

Key words: roads, mining, Peñalosa, Argaric culture, Baños de la Encina.

Con los senderos ocurre como con ciertas personas: solo cuando caminas entre sus costuras y enhebras los hilos de sus entresijos aprendes a reconocer la

[1] Láminas 3.2, 5.1, 7, 12, 13.2, 15.1, 15.2, 17.2, 18.1, 21.1, 21.2, 23.

naturaleza de sus pasos. Muchas veces, pasados unos días y desvanecida la emoción del primer encuentro, la senda acaba arrumbada en el trastero de la desmemoria y sustituida por otros derroteros. Igual ocurre con aquellas amistades que nunca llegaron a cuajar.

Sin embargo, existen caminos —muy pocos, quizá— que terminan anudándose a nuestra propia vida. Cada regreso revela un matiz nuevo, un detalle inadvertido en visitas anteriores o una historia que siempre estuvo ahí, aguardando el momento oportuno para ser descubierta. Uno acaba acostumbrándose a desandarlos una y otra vez, con el deseo de volver antes incluso de haberlos dejado atrás.

Así me sucede con la vereda de las Aguas a Peñalosa. Cada paso me ofrece una enseñanza distinta y una nueva razón para regresar: sospecho que nunca abandonaré el ancho de su trocha.



Lámina 1.- Vista general del pueblo Baños de la Encina. A la izquierda, barranco de Valdeloshuertos y cola del embalse del Rumblar, lugar por donde discurre la vereda de las Aguas.

A primera vista podría parecer un sendero más, señalizado con fines lúdicos y deportivos, como tantos otros itinerarios turísticos concebidos para conducir al caminante hasta un destino concreto. En este caso, al poblado argárico de Peñalosa, un extraordinario enclave arqueológico con cerca de cuatro mil años de antigüedad. Podría pensarse que su razón de ser concluye con el agradable paseo y la visita de aquellas ruinas memorables.

Nada más lejos de la realidad. La senda que hoy se relata es mucho más que un camino y un yacimiento arqueológico. Es el resultado de la unión de antiguas

veredas y caminos tradicionales que durante generaciones dieron sentido a la vida cotidiana de este territorio. Cada uno de ellos constituye un escenario donde se entrelazan las innumerables historias que han modelado el carácter de una comunidad singular: la bañusca.

Pero esta vereda también permite asomarse a la biografía de personas anónimas que, de otro modo, quizá habrían pasado de puntillas por la historia. Fueron hombres y mujeres que acabaron dejando su nombre ligado para siempre a estos parajes y a los oficios que los modelaron. Entre ellos recuerdo a Antonio, *el Tuberista*, guardián infatigable y faro humano del castillo de Baños; a Patricio, hortelano ejemplar y filósofo de las pequeñas cosas, conocido, no sin motivo, como el Tuerto de los Charcones; o a mi amigo Juanito, compañero de tantas correrías. La mayoría transcurrieron mientras cuidaba su hatillo de cabras por los quiñones del Gólgota y Cerro Colorao, aunque también conservo viva la memoria de aquella disparatada aventura en una barcaza de piconeros y furtivos que aún hoy, al evocarla, me arranca una sonrisa.

1.- Por el piedemonte del cerro del Cueto

Nuestra caminata comienza junto a la Casa del Pueblo, un edificio levantado, como si se tratara de una afrenta simbólica, con los sillares de arenisca que un día dieron forma a la antigua iglesia de Santa María del Cueto. A finales de la década de 1920, cuando el templo había perdido su función de sacralizar el camposanto del castillo, sus piedras fueron vendidas al mejor postor y emprendieron una segunda vida.

Las piezas de mayor atractivo, aquellas adornadas con molduras y elementos decorativos, acabaron embelleciendo la huerta de Penecho —que fue de don Luciano Rodríguez—, transformada entonces en una almunia de inspiración romántica. Los ripios y fragmentos menores sirvieron para levantar tres humildes viviendas, las que se construyeron sobre su solar. Una de ellas aún permanece en pie. Los sillares mejor labrados encontraron un nuevo destino con la llegada de la Segunda República: levantaron los muros de la Casa del Pueblo, un edificio que, según quién lo contemple, fue ágora de participación ciudadana o simple mentidero de la vida cotidiana.

Quien observe con atención sus piedras podrá descubrir alguna inscripción apenas erosionada por el tiempo, discretos vestigios que escapan al olvido y recuerdan el origen de un edificio cuyas paredes conservan, literalmente, la memoria de otro que ya no es: Santa María del Cueto.

El punto de inicio de la ruta, señalado por un mojón de cartelería pétrea, se encuentra a escasos doscientos metros de la Oficina de Turismo.



Lámina 2: Casa del Pueblo unos años después de su creación, tras la Guerra Civil. Aunque cambió de apelativo y función, encalada aún conservaba su estructura original y la entrada frontal / Mojón de inicio del sendero.

Según iniciamos la marcha, a nuestra izquierda y en alto, se extienden tierras que en el pasado fueron de pan y habas. Hoy, sin embargo, aquellos amplios bancales que escalonan la ladera bajo el castillo —y que aún dejan entrever vestigios de episodios ocultos bajo el peso de los siglos— sostienen únicamente cepellones de olivos jóvenes y retorcidos.

Sobre los pasos de nuestra senda, el que fuera ancestral Camino Ancho —antigua cañada de carne bajo el apelativo de Cordel de Bailén—, discurre por debajo de nosotros desfigurado entre las costuras de la actual carretera de Bailén. Continuamos en un suave descenso por una trocha abierta sobre la pizarra quebrada. A la derecha, si observamos con atención, distinguiremos a media ladera del Barranco de Los Turrumbetes una cicatriz rectilínea, trazada como si se tratara de un arañazo realizado a escuadra y cartabón: se trata del Camino de la Fuente Cayetana. Junto a él, casi desprendida del propio arrecife de la senda, se abre la Cueva del Grajo. Desde la distancia apenas parece una

diminuta mancha oscura dispuesta sobre la roca, pero durante siglos sirvió de refugio a los cabreros cuando el tiempo estaba tormentoso.

Tras avanzar apenas unos cientos de metros, tras la curva y enfrente, se hunde la anchura del barranco de Valdeloshuertos. En otro tiempo, una sucesión de huertos escalonados y encajados contra el hilo del arroyo, que descendía suavemente hasta desaguar en el cauce principal del río Rumblar. Hoy, como cicatrices cauterizadas en el pellejo serrano, apenas se dejan ver unos viejos caballones, la poca memoria de un paisaje cultural olvidado.

Superando el cauce y subiendo la loma del cerro del Gólgota o del Algarrobo, asoman difusamente viejos bancales de tierra calma. Esquilmados y abandonados, su solar ha sido tomado por jaras y retamas que avanzan sin freno mientras que un joven bosquete de chaparros crece lentamente, armado de la paciencia que da saber que se vuelve al punto de partida: el monte mediterráneo.

Rompiendo la monotonía, a poniente y como pequeños bastiones que se resisten al olvido, malviven algunos huertos en barranco, como el de Rojo. En sus bancales, granados extravagantes y zarzas sombrías continúan librando una batalla desigual por subsistir en una tierra que fue fértil y generosa, pero que hoy agosta en el sopor de la historia apagada.

Casi en la cumbre del cerro, asomándose de reojo al amplio valle, aparecen las ruinas de una modesta casucha, la del Gólgota. Desde su precario emplazamiento parece desafiar, cara a cara, la imponente silueta del castillo. Un poco más arriba, sobre el llano de arenisca, duerme oculta su antigua era. El círculo de piedras que un día sirvió para trillar y aventar el grano permanece hoy deshecho y silencioso, rodeado por las antenas de telecomunicación y como último vestigio de una tierra que dio pan, pero que a cambio exigió sudor y vidas.

La cueva de la Mona

Aún sobre nuestros primeros pasos, el camino describe un giro, corta de forma abrupta la pendiente de la ladera y nos conduce junto a la cueva de la Niña Bonita. Conocida popularmente como la cueva de la Mona, este enclave ha alimentado durante generaciones un sinfín de relatos en los que se entremezclan travesuras de chiquillos, que acaban a pedradas, con conquistas épicas, lazaretos, tesoros ocultos y episodios de guerra y sangre. Sin embargo, más allá

de leyendas sin argumento, la caverna guarda un secreto mucho más íntimo: la génesis de su nombre.

Lejos de explicaciones misteriosas o sobrenaturales, la historia parece tener un origen mucho más sencillo, aunque no por ello menos legendario. La tradición oral sitúa su nacimiento en un relato que se pierde entre dichos y recuerdos a caballo entre los siglos XIX y XX. Cuenta la historia que un acaudalado ingeniero, propietario de varias explotaciones mineras, contrajo matrimonio con la joven más hermosa del pueblo. De aquella extraordinaria belleza habría surgido el apelativo de «Niña Bonita» con el que terminó conociéndose la gruta.

Aquella mujer, de nombre Agustina Jódar Gutiérrez, era de carácter firme y gran corazón. Una persona muy querida por sus vecinos. Tras enviudar, asumió la dirección de los negocios familiares y se puso al frente de la explotación conocida como Mina de la Niña Agustina, situada aguas arriba del río Grande. Gracias a su capacidad y determinación, logró gestionar la empresa con notable acierto, convirtiéndose en una figura respetada y recordada por la comunidad.



Lámina 3.- Cueva de la Niña Bonita, mal llamada de la Mona / ‘Camino romano’.

Pero volvamos a la historia que nos ocupa. Agustina tenía dos hermanos de escasa fortuna y andar a diario mano sobre mano. Deseosa de procurarles un medio de vida, convenció a su marido para que los empleara en sus explotaciones mineras. El ingeniero, buscando una tarea útil para sus cuñados, les encomendó abrir una galería a media ladera del cerro del castillo, justo donde hoy se encuentra la conocida cueva de la Niña Bonita. Con aquella excavación

esperaba localizar un filón de galena argentífera, una veta de plomo y plata que intuía alineada con la cercana explotación minera del Polígono-Contraminas.

El tiempo pasó sin que la empresa diera los frutos esperados. Aunque no faltan quienes sostienen que los mineros llegaron a encontrar algún tesoro oculto de origen moruno —quizá unos pocos dírhams olvidados y alguna flecha consumida por el óxido—, lo cierto es que la aventura terminó sin beneficio alguno. La explotación fue abandonada y la galería quedó como el único vestigio de una ilusión tan ambiciosa como efímera. Paradójicamente, lo único que perduró fue el nombre de la cueva, legado de aquella mujer cuya belleza dio origen a la leyenda.

Con el paso de los años, la gruta adquirió una nueva vida en el imaginario de los muchachos del pueblo. Perdida ya la ancestral costumbre de demostrar el paso a la madurez enfrentándose a un oso o a un lobo, los zagales buscaron otras pruebas con las que medir el valor y ganarse el respeto de la cuadrilla. Así nació uno de aquellos desafíos que todavía hoy se recuerdan.

La prueba consistía en internarse de manera individual hasta el fondo de la cueva y dejar un reloj sobre una repisa de la roca. Después, uno tras otro y por estricto turno, cada participante debía adentrarse en la oscuridad para recuperarlo y, tras sacarlo nuevamente a la luz, el siguiente volvía a depositarlo. Mientras tanto, los que aguardaban en la entrada alimentaban la tensión contando historias de *aparecidas*, tesoros encantados y presencias inquietantes. Y metidos en aquellas conversaciones, bastaba con que el miedo hiciera presa de alguno para que cundiera el pánico y todos salieran huyendo despavoridos abandonando al que estaba en medio del lance en el interior de la cueva. En aquella tesitura, el reloj quedaba temporalmente huérfano en las profundidades de la gruta. De hecho, se dice que uno de aquellos relojes nunca volvió a ver la luz.

El ‘Camino Romano’

Apenas unos metros por adelante, tras dejar atrás una fuente de factura reciente y cuando el terreno comienza a descender de forma inevitable, el sendero cruza la carretera de Bailén para desembocar en la traza del antiguo Camino "romano". Este carril empedrado, que durante siglos comunicó Baños de la Encina con Bailén y Andújar, fue conocido popularmente como el Camino Ancho por su

propia amplitud, pero también porque trajinó con asuntos comerciales, fue cañada de carne[2] y canalizó la gestión de los portazgos de la villa. Pese a su denominación tradicional, su empedrado no procede de época romana, sino de los primeros años del siglo XVIII. Un proyecto conservado en la Real Chancillería de Granada, redactado por Pedro Gallo y fechado en torno a 1707, documenta la construcción de uno muy similar en cuanto a sus hechuras, que es la continuación natural de este camino hacia el norte para superar los pasos del Muradal. Se trata de un tramo del Camino del Puerto del Rey, en el parque natural de Despeñaperros, que hoy es conocido con el apelativo de El *Empedraíllo*.

A la derecha del camino, un sólido muro de pizarra protegía los sembrados del apetito de las merinas[3] que atravesaban estas tierras durante los movimientos trashumantes. En cambio, por la izquierda, aparecen alineadas y muy castigadas por el abandono tres antiguas eras de pan trillar: Bartolico Recena, *Quijaílla* y Baltasar. Sobre la ladera, en el otro margen de la carretera de Bailén, se conservan las eras de Casa y Valentín completando un conjunto que testimonia la intensa actividad agrícola que modeló durante siglos este paisaje cultural.

Puestos en el sitio y ribeteando la falda del cerro del Cueto, lo que parece una sucesión de bancales que rompen la ladera para arropar la salida suroeste del pueblo, en verdad conforman el conjunto de eras que nos trae. Hoy baldío estéril, engulle en sus adentros la carretera de Bailén, la que popularmente era conocida bajo el apelativo de Camino Ancho. En su tiempo y derramándose por la solana, el empedrado de su pavimento dio forma a una suerte de mesetillas más o menos redondeadas, ásperas y yermas para cosas de labor, pero de enorme utilidad y algarabía en tierras que fueron de pan. Sin quererlo, formaban un tránsito necesario entre el callejero encalado y la inmensidad dorada de una campiña que huía inexorablemente en busca del horizonte. En la actualidad, perdido el sur cuando nos quisimos subir a la chepa del norte, la campiña ha sido totalmente colonizada, sin piedad, por un océano inmisericorde de olivos. En días, cuando las eras ya rezumaban ruina y apenas tenían otra utilidad que guardar trastos como desván, hizo las veces de cancha futbolera, hogar de

[2] Ganadería trashumante.
[3] Oveja con lana de calidad superior.

candelarias y patio de recreo. Finalmente, cuando dejaron de escucharse las voces que les dieron vida, llegó el peor de los destinos: el olvido. Un abandono silencioso muerde cada una de sus piedras y las desmenuza en un epílogo de destrucción que desdibuja uno de los testimonios más valiosos de la memoria agrícola de Baños de la Encina.



Lámina 4.- Era de *Bartolico* Recena, recuperada recientemente.

Allí donde aún se conserva el frente de la era, como sucede en la Era de Casa, en el escalón robado a la ladera aflora un talud amarillento, una roca conocida popularmente como tosca. Se trata de una arenisca de origen marino con una antigüedad que varía entre ocho y once millones de años, de cuando este territorio estaba cubierto por las aguas que fueron los rescoldos del mar de Tetis.

Su característico color ocre y su textura blanda hicieron de la tosca un material de gran utilidad en la vida cotidiana. Triturada hasta obtener un polvo fino, se empleaba para abrillantar vajillas, ollas y sartenes. Mezclada con agua, se transformaba en una lechada con la que se enjalbegaban los redores —los zócalos que rodeaban las estancias— y las paredes de las cocinas bañuscas, aportándoles limpieza, luminosidad y un característico tono claro.

Al final de la cuesta, cuando las eras de pan y la cañada ya se desdibujan en la memoria, el camino de piedra da paso a la tierra para después desaparecer bajo el asfalto. El recorrido gira entonces hacia el sur, se reincorpora a la antigua cañada y, entre huertas y norias monumentales, alcanza el aprisco de Los Charcones.

Conocido en la documentación pecuaria como el Cordel de Bailén, históricamente se bifurcaba en dos itinerarios. Hacia el sur, como Camino de

Andújar, buscaba las rastrojeras de la campiña y descendía hasta el valle del Guadalquivir discurriendo junto a la dehesa de Burguillos, en el término de Bailén. Hacia el oeste, tras vadear el río Rumblar por la *Pasá* de los Baileneros, se internaba como cañada de carne por la colada de Villanueva para colarse en el corazón ganadero de Sierra Morena.

Durante siglos, este cordel constituyó una de las principales rutas de la trashumancia. Por él discurrían miles de ovejas merinas procedentes de los Montes Universales, en el Sistema Ibérico, que cada otoño descendían hacia los pastos templados de Sierra Morena para pasar el invierno. Aquel incesante trasiego marcó profundamente la economía y el paisaje de estas tierras. Con el declive de la industria lanera y la desaparición progresiva de la gran trashumancia, las antiguas veredas fueron ocupadas por un nuevo protagonista: el toro de lidia. Baños de la Encina llegó a convertirse en uno de los principales enclaves ganaderos de España y, en 1978, ya contaba con 28 hierros y 38 fincas de reses bravas, reflejo del auge alcanzado por esta actividad.

Hoy la cañada continúa conduciendo ganado, aunque en una escala mucho más modesta. Son rebaños de oveja segureña que realizan desplazamientos estacionales entre estas dehesas y las sierras de Segura, tierra de los conocidos como pontoneros (Pontón Alto y Bajo). De ellos decían nuestros mayores, no sin cierta ironía: «Cuídate de los pontoneros, que hacen la *verea* por los caminos de Mesta». La expresión aludía a una práctica bien conocida: durante la invernada no arrendaban dehesas en los extremos, sino que aprovechaban exclusivamente los pastos de las vías pecuarias alargando una eternidad los trayectos de ida y vuelta, sin gastar un solo real.

2.- El Aprisco de Los Charcones y el arroyo de Los Huertos

Cuando quedan atrás las primeras huertas, ahora desdibujadas entre olivos, tras franquear la estrechura del puentecillo que salva el arroyo de los Huertos, por fin penetramos en el descansadero de los Charcones, en tierras de Patricio. El topónimo, como el de sus enclaves vecinos —Escarchales, Cantalasrranas, Renacuajares o El Charcón—, confirma que en tiempos inmemoriales este lugar fue un humedal, cuando no una auténtica ciénaga. Hoy, reseco y domeñado bajo una inmensidad de olivos, apenas deja oír el eco de lo que un día fue.

Fondeado en la hondonada, el lugar parece trazado a la manera de un campamento romano. Y no es solo una impresión. Lo atraviesa de parte a parte el camino que traemos, la cañada, mientras un humilde arroyo —a veces poco más que un reguero— corta su discurrir en perpendicular. Cuando las lluvias obligan, el riachuelo recoge la mayor parte de las aguas de la campiña a través de una intrincada red de zanjas y acequias.

Cordel y regato, como si acudieran a una cita largamente concertada, vienen a darse mutuas nupcias en un pequeño puente de piedra, recio en su sencillez, pero suspendido en mitad de la nada. Allí se cruzan el decumano y el cardo de esta singular *civitas* campesina. A lo largo del primero, siguiendo el viejo camino ganadero, se suceden dos pozos con sus correspondientes piletas-abrevadero, testimonio de la secular vocación trashumante del lugar y de su antiguo servicio como aprisco para rebaños y recuas.

El arroyo, por su parte, desempeña con igual dignidad el papel de cardo *maximus*. En su corto recorrido va sembrando sus orillas de norias de diverso tamaño y condición, antes de encaminar pausadamente sus aguas hacia el barranco de Valdeloshuertos.



Lámina 5.- Pozo y puente de los Charcones.

Como corresponde a toda colonia latina, el Charcón delimita su perímetro con un ancho muro de piedra, cubierto de musgo y quebrado aquí y allá por media docena de granados vetustos y retorcidos que, a modo de bastiones, confieren solidez y prestancia al cercado. Si las murallas romanas defendían la ciudad de enemigos exteriores, el aprisco levantó su modesta fortificación para un

propósito mucho más prosaico: impedir que el ganado abandonara el abrevadero y, haciendo de su capa un sayo, arruinara las huertas que se extendían al otro lado de aquel particular limes.

Sin embargo, la semejanza termina ahí. Mientras el urbanismo romano hacía del orden una de sus mayores virtudes, el interior del descansadero es un completo desbarajuste, fruto de la utilidad antes que del diseño. Basta cruzar el bardal para que el paisaje se transforme: la huerta recuperaba la disciplina, desplegándose en una sucesión de caballones de tierra quebradiza y surcos húmedos que dibujan una geometría tan precisa como fértil.

Aunque hoy apenas lo delate el paisaje, nos encontramos en los dominios de la antigua huerta bañusca. Todavía sobreviven, dispersas por el entorno de Los Charcones, numerosas norias de andén alto, reliquias de un tiempo en que el agua dictaba el pulso de la vida. Algunas, de porte casi monumental, se yerguen como torreones desmochados, derrotadas por una sequía crónica que parece haberse adueñado definitivamente del territorio.



Lámina 6.- Noria y alberca de Antero; zanja del arroyo de Los Huertos. Fuente: Inventario, documentación y activación turística del patrimonio de piedra seca en Baños de la Encina (Jaén). Elaborado por el Colectivo de Investigación de Sierra Mágina – CISMA, 2026.

Rodean el aprisco las huertas y norias de Antero, Liborio y Los Cucos; a tiro de piedra aguardan las de Zambrana, Matigüelas y los Gatos; un poco más allá, las de Penecho, los Jaboneros, el Mesto, el Salcedo o la del Chato la Virgen. Cerca de una treintena componen el inventario local, una sorprendente constelación de ingenios hidráulicos que aún permite imaginar el rumor incesante de las ruedas,

el ir y venir de los hortelanos y la fertilidad de una recortada vega que durante siglos vivió al compás del agua y sostuvo a estas tierras y a su población.

3.- El barranco de Valdeloshuertos

Cuando el aprisco comienza a diluirse frente a la avanzadilla de olivas del *Prao*, que engulle en su espesura la traza del Cordel de Bailén, giramos a la derecha bajo la sombra de una recia masa de eucaliptos casi monumentales —quininos, según la jerga local—. De inmediato nos internamos en el barranco de Valdeloshuertos y avanzamos entre olivos. Por la diestra queda el curso del arroyo de Los Huertos. En unos cientos de metros, ahora sí, encajados en los pespuntes de la vereda de las Aguas —senda abierta para la vigilancia de los asuntos del pantano (1941) y que recorre todo el perímetro de su lámina de agua (lámina 8)—, penetramos en las asperezas de Sierra Morena y en los dominios del huerto. Sí, en masculino, atrás ha quedado la huerta, fértil y pródiga en aguas, y por delante se anuncia la tierra seca y áspera, el escaso hilo de agua y la casucha de mal vivir. El género importa. Del antiguo huerto de Patrocinio, por encima de la casilla ya desvencijada, se conservan los minúsculos bancales del quiñón y, junto a ella, a uno y otro flanco, los hoyos de la cantera que suministró la pizarra. En un quiebre del arroyo, por frente de la casilla, permanecen ocultos y entre la maleza el pozo y la alberca-lavadero.



Lámina 7.- Arroyo de Los Huertos y barranco de Valdeloshuertos.

Desde el umbral de la casucha, el puentecillo de la traída de aguas del manantial de Gorgogil, elevado sobre el arroyo, rompe el horizonte. La conducción de aguas, que en origen las traía desde sierra adentro, aunque realmente es sifón invertido, aún hoy sigue en servicio. En silencio, transporta las aguas que ahora vienen de la presa del embalse del Rumblar y calla las historias que un día condujo.

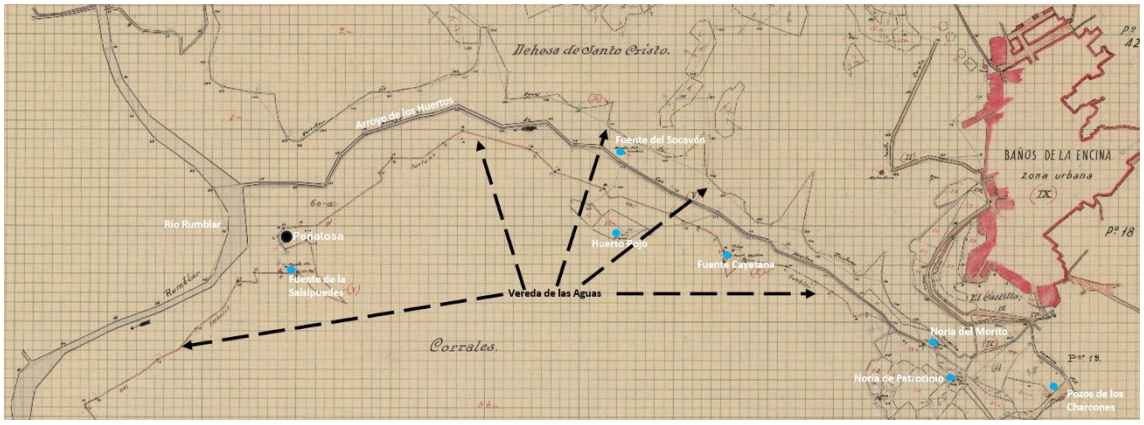


Lámina 8.- Vereda de las Aguas: fuentes, pozos y norias. Fuente: Polígono 44 del parcelario de Baños de la Encina, año 1941. Servicio de Catastro Topográfico Parcelario. Elaboración propia.

Con toda probabilidad, mis correrías por Valdeloshuertos comenzaron muy pronto; sin embargo, no creo conservar ninguna mella anterior a la balompédica que ahora acude a mi memoria, de cuando una pertinaz sequía dejó completamente reseco el lodazal.

Encajado en la cabecera del barranco, el campo de fútbol era más bien de dimensiones raquíticas, aunque, por la lozanía de su herbazal, nada tenía que envidiar a los mejores terrenos de juego de la provincia. Conviene recordar que, por entonces, la mayoría de los campos de deporte se asemejaban más a corrales de cabras que a auténticos escenarios futbolísticos. La comparación resultaba aún más favorable si se tiene en cuenta que, hasta entonces, nuestros encuentros cotidianos se venían disputando sobre el empedrado de las eras de Casa y Vidalón o en el polvoriento descampado de la *Vuelta la Pera*. Tan exuberante era aquel césped —o, para ser más precisos, aquella tupida maraña de yerbajos— que no faltaba quien se imaginara botando un córner en una esquina del Bernabéu o disponiéndose a lanzar un penalti en el mismísimo Camp Nou. Yo guardaba silencio. En mis adentros soñaba con saltar del banquillo para calentar la banda del Manzanares.

Aguas arriba, el improvisado campo rompía contra un recodo del arroyo de los Huertos y la alberca de Patrocinio; por el contrario, aguas abajo moría junto al puentecillo de marras. Al otro lado de aquella modesta obra de ingeniería, pasada la conducción, emergían la singular noria del Morito y su alberca, excavada en la roca madre para almacenar las aguas. Por el flanco derecho, sopié del castillo, el terreno tropezaba contra el arrecife de pizarra que sostenía el antiguo camino de Valdeloshuertos y la vereda de las Aguas, coincidentes en este tramo; por la banda contraria, se deshacía bajo el cauce del arroyo, junto al murete de encauzamiento y el azud que retenía sus aguas.



Lámina 9.- Pozo y noria del Morito y, tras el sifón invertido de las Aguas del Gorgogil, cancha futbolera de Valdeloshuertos.

Hoy, todo aquello se ha convertido en un erial de cardos, estiércol y aguas negras, un chortal infecto donde la vida ha sido derrotada.

La barcaza del Rumblar

Pero, por ser fiel a la verdad, y pese a mis aficiones futboleras, mis primeros recuerdos de Valdeloshuertos no transcurren sobre un campo de juego, sino sobre una barcaza desguazada: un navío varado para siempre en la margen fluvial de la cola del pantano. Junto al puente de las aguas de Gorgogil, parecía devolvernos el eco de singladuras jamás emprendidas. Fondeada entre aquellos jirones del embalse, evocaba, para nuestra imaginación, lo que nunca llegó a ser: un galeón de Manila abierto a los inmensos océanos.

Una de aquellas tardes ociosas, de mano sobre mano y nada que hacer, con mucho por inventar y aún más que desbaratar, nos vimos zarpando hacia destinos imaginarios, siempre remotos y exóticos, aunque nuestro único pantalán posible fuese la orilla de enfrente, la del cerro del Gólgota o del Cerro del Algarrobo. Sin capitán, pero con abundancia de grumetes, unos cuantos embarcaron en el vetusto navío, mientras el resto cruzamos a la ribera opuesta para esperar el desenlace desde un puerto más seguro. Como la barcaza hacía aguas por todas partes y el único instrumento para achicar era una vieja y oxidada lata de tomate, pronto comenzó a dar la impresión de que iba a irse a pique. En esos afanes andaba la improvisada tripulación cuando el vigía de proa, sin cofa a la que encaramarse y convencido de que el barco se iba al garete, decidió arrojarse a las procelosas aguas del Rumblar de entonces: una masa negruzca donde se mezclaban las aguas embalsadas con los vertidos residuales.

La desgracia quiso que apenas hubiera tres cuartas de agua putrefacta. El improvisado timonel cayó de la peor manera posible: de plancha y con todo el cuerpo extendido sobre aquella superficie inmunda. De regreso, mientras improvisábamos artificios que justificaran tan sonado naufragio fluvial, quienes habíamos permanecido en tierra y regresábamos de punto en blanco caminábamos a paso ligero, procurando mantenernos a distancia del hedor insoportable que despedían los intrépidos marinos que, a bordo de aquella vieja barcaza, habían dado vida a una aventura tan disparatada como inolvidable.



Lámina 10.- Barcaza del Rumblar. En la fotografía, Pedro, mayoral de ganadería brava, su hijo Rafael y el Ribero, piconero de reconocida fama (años 70). La barca está expuesta en el Museo del Territorio, Baños de la Encina. Fuente: Antonio Moreno ‘Miraves’.

Pero, dejando a un lado la anécdota y retomando el hilo de la historia, conviene detenerse en el origen de aquellas singulares embarcaciones. Estas barcas se fabricaban de forma completamente artesanal por un gremio de carpinteros asentado en Don Benito y en la vecina Villanueva de la Serena. Su destino era, principalmente, la pesca en el río Guadiana, aunque su uso se extendió de manera generalizada por los humedales de Extremadura. Así lo documenta un estudio de Felicísimo García Barriga, quien recoge diversos testimonios sobre la utilización de estas embarcaciones en las charcas cacereñas de Brozas y Arroyo de la Luz, situadas entre Cáceres y Alcántara. Conocida popularmente como la barca del Guadiana, resultaba especialmente apropiada para la pesca de especies como la tenca y la pardilla.

Su diseño, de planta casi romboidal y escaso calado, les proporcionaba un fondo plano que las hacía extraordinariamente estables y maniobrables. Solían transportar a dos personas y se impulsaban exclusivamente mediante remos. Construidas en madera de pino, sin embargo, presentaban un inconveniente característico: cuando permanecían largo tiempo expuestas al sol y al aire, la madera se resecaba, aparecían grietas entre las tablas y el agua comenzaba a filtrarse con facilidad. Por ello, cuando no estaban en uso, se mantenían sumergidas para conservar la madera hidratada y, durante la navegación, nunca faltaba a bordo un cucharro de corcho, después una vieja lata, con el que achicar, una y otra vez, el agua que inevitablemente iba entrando.

Y, retomando la historia local, fue en la década de 1950 cuando un vecino de Baños, José Columpios, camionero de profesión, tuvo la feliz ocurrencia de aprovechar sus viajes comerciales por tierras extremeñas para no regresar nunca de vacío a su pueblo. Su *Parrala* —como era conocido su pequeño camión— volvía cargada, de vez en cuando, con alguna de aquellas barcas del Guadiana. Por uno de esos caprichos con que la vida reescribe la geografía, aquellas embarcaciones, nacidas para surcar las aguas del Guadiana, terminaron navegando las del Rumblar, aunque no al servicio de pescadores. Por el contrario, participó de los asuntos de carboneros y cazadores furtivos[4].

[4] CANTARERO QUESADA, J.M. (2026): La barcaza del Rumblar, Baños de la Encina. Revista Argentaria, nº 30. pp. 84-89.

De nueva en vereda, al hilo de las historias que van arropando la caminata, conviene detener la mirada allí donde las aguas de la barranquera de los Turrumbetes —también conocido como reguero del Matadero— vierten su caudal en el arroyo de los Huertos. En frente nuestra, bajo el camino de la Cayetana, se alza un singular cono aluvial formado por tierras, ladrillos y piedras, un depósito de sedimentos cuyo origen se encuentra en las escombreras levantadas durante los años del desarrollismo urbanístico bañusco, entre los años 70 y 80 del siglo XX. Aquellos vertederos ocuparon las dos laderas del barranco, precisamente donde hoy se extienden los dos falsos llanos que conforman el paseo de la *Llaná* y el aparcamiento público de la carretera de Bailén. La peculiar naturaleza de este abanico sedimentario invita a prospectarlo con calma. Entre sus materiales resulta relativamente sencillo localizar piezas aisladas que, aunque arrancadas de su contexto original, evocan episodios desdibujados por el paso del tiempo y las transformaciones del paisaje. Una observación atenta puede deparar el hallazgo de media muela de arenisca perteneciente a un molino aceitero, el *catillus* de un molino harinero romano, un mojinete empleado para majar esparto o las inconfundibles baldosas de La Moderna, la antigua fábrica de ladrillos de Linares que alcanzó su máximo esplendor durante el auge de la minería del distrito Linares – La Carolina.

Lámina 11.- En la parte inferior, abanico aluvial del arroyo del Matadero o de los Turrumbetes.

En definitiva, son vestigios descontextualizados, supervivientes de escenarios desaparecidos, pero no por ello carentes de valor. Al contrario, constituyen pequeñas claves que enriquecen el relato del lugar y aportan matices imprescindibles para comprender la historia cotidiana de Baños, esa historia hecha de objetos humildes, usos olvidados y vidas que el tiempo fue sepultando bajo nuevas capas de tierra.

4.- La fuente Cayetana

Al hilo de todo esto, o quizá no tanto, el barranco nos despierta numerosos interrogantes que aún hoy siguen bullendo en nuestra cabeza y que llevamos mucho tiempo rumiando. Uno de ellos es el posible origen romano de la fuente Cayetana. Por debajo de la vereda, la fuente está encajada en lo más hondo del barranco de la *Quijá*. A primera vista, si nos dejamos llevar por esa mirada apresurada que solo busca el escenario perfecto para un selfi, la fuente Cayetana podría parecernos una humilde casucha de huerta o un chozo de aspecto esperpéntico. Sin embargo, la realidad, que acaba siempre por colocar cada pieza en su lugar, nos revela que se trata de una fuente alcubilla: una de las cuatro que abastecieron de agua potable a la población de Baños hasta mediados del siglo XX, junto con las vecinas del Socavón, Pacheca y Salsipuedes.



Lámina 12.- Fuente de la Cayetana.

Situada a sopié del barranco de Valdeloshuertos, la fuente Cayetana cuenta con tres alcubillas o aljibes. El más antiguo de ellos, por la sobriedad de su traza y la factura de sus sillares, bien podría sugerir un origen romano. Los otros dos, cubiertos con bóveda de medio cañón de ladrillo y techumbre de pizarra, fueron levantados a comienzos del siglo XX, al calor del crecimiento demográfico propiciado por la minería. Sin embargo, aquella sospecha nunca terminaba de convencerme. Había algo que, caminata tras caminata a Peñalosa, seguía royéndome por dentro. Me repetía una y otra vez que la próxima vez llevaría el metro, porque aquellas piedras no acababan de darme la talla romana. Pero un día surgía un asunto y otro un despiste, y siempre regresaba con la misma incertidumbre.

Más allá de otros indicios, el reducido tamaño de los sillares ya me inspiraba cierta desconfianza. Tampoco el escaso desgaste de la piedra, especialmente en las esquinas, encajaba con una obra que hubiera soportado el peso de tantos siglos y la permanente humedad del barranco. Esperaba encontrar una pátina mucho más acusada. A ello se sumaba que no reconocía el característico aparejo almohadillado, tan frecuente en la arquitectura romana de cierta entidad, ni advertía muescas o grapas —colas de milano o rebajes para tenazas y palancas— propias de la manipulación de grandes bloques. Y, por supuesto, no había rastro alguno del *opus caementicium*, el célebre hormigón romano. Todo apuntaba en una misma dirección, aunque seguía faltándome una comprobación decisiva: medir la altura de los sillares. Intuía que en sus proporciones podía encontrarse la respuesta.

Hasta que un día, en una de aquellas idas y venidas, recordé los consejos de mi abuelo José María. Como tantas veces decía él, cuando faltan las herramientas hay que echar mano de la sencillez del ingenio. En un arranque de inspiración, junto al moderno puente de madera, dejé la vieja vereda de las Aguas, hoy ensanchada casi hasta hacerla casi irreconocible, y descendí por un senderillo apenas esbozado dispuesto a medir la obra con el único instrumento del que disponía: mis propias manos. La sorpresa fue inmediata. Todas las hileras de sillares presentaban exactamente la misma altura: una cuarta y cinco dedos —de los míos—. Pero aún me llamó más la atención comprobar que entre cada hilada aparecía una fina laja de pizarra, un recurso constructivo habitual en las

edificaciones monumentales de Baños desde los albores de la Edad Moderna, concretamente desde finales del siglo XV. Además, las juntas estaban trabadas con una delgada capa de argamasa de cal, un elemento que, por norma general, está ausente en los aparejos romanos de mayor calidad.

Aquellos indicios, lejos de cerrar el asunto, avivaron todavía más mi curiosidad. Como quien teme perder el último tren, salí apresuradamente hacia el pueblo. Ni siquiera me entretuve en saludar a los contertulios que, a esas horas, ya ocupaban sus puestos habituales en la plaza. Me dirigí directamente a la iglesia de San Mateo, dispuesto a medir la fábrica gótica. Y entonces llegó la revelación. Los sillares de la parte más antigua del templo tenían exactamente la misma altura: una cuarta y cinco dedos. También allí, entre las hiladas, aparecían la fina laja de pizarra y el mortero de cal que había observado en la fuente Cayetana. Sonreí, no pude evitarlo. Había encontrado la pista que llevaba tanto tiempo buscando.

Regresé a casa para hacer una última comprobación, esta vez con el metro. La equivalencia resultó ser de 29,6 centímetros. No cabía duda: aunque la fábrica de la fuente no fuera romana, sus maestros canteros habían trabajado siguiendo el pie romano como unidad de medida. Nada tenía ello de extraordinario. La iglesia de San Mateo fue levantada durante el gótico tardío, cuando el influjo del Renacimiento italiano comenzaba a abrirse paso en Castilla, recuperando no solo las formas clásicas, sino también parte del legado técnico y metrológico heredado de Roma.



Lámina 13.- Fábrica de la fuente vieja de la Cayetana.

Con todos estos indicios, y aun a riesgo de equivocarme me inclino a pensar que el aparejo de la alcubilla primitiva de la fuente Cayetana —no así el de la segunda, cubierta con bóveda de ladrillo y levantada ya en el primer tercio del siglo XX— bebió en buena medida de las soluciones constructivas empleadas en la iglesia de San Mateo. Ambas obras parecen responder a un mismo patrón: el uso del pie romano como unidad de medida, la interposición de finas lajas de pizarra para amortiguar la rigidez de la arenisca y la utilización de mortero de cal como material de unión. Sin embargo, cuanto más detenidamente examinaba la fábrica de la parroquial, más evidente se hacía que los sillares de la Cayetana guardaban una afinidad mucho mayor con las ampliaciones acometidas durante el primer tercio del siglo XVIII que con la obra gótica original. Los sillares de esa etapa, especialmente los de la cabecera de San Mateo, presentan una labra mucho más uniforme. Pero hubo un detalle que terminó de llamar mi atención: en los sillares, los bloques de la Cayetana muestran un fino ribete perimetral cuidadosamente pulido, mientras que el centro del sillar conserva un acabado más basto. Ese mismo tratamiento puede apreciarse con claridad en los sillares del crucero y de la cabecera de San Mateo, levantados en 1732, y también, justo enfrente, en los de la Casa Grande o de los Zambrana Dávalos, fechada en 1724.

La coincidencia no termina ahí. Ese mismo modo de labrar la piedra aparece también en la ermita de Jesús del Camino (1719); en la cabecera del camarín, la sacristía y la casa de los santeros del santuario de la Virgen de la Encina (1723); en la Casa Consistorial; en la iglesia de Jesús del Llano (1682-1744) y, de forma especialmente elocuente, en la portada de la casa parroquial de Santa María del Cueto (1787). También puede reconocerse en varias casonas señoriales, entre ellas la Casa de Priores (1756) y la Casa Escalante (1767).

Es cierto que los sucesivos encalados y su eliminación posterior en los primeros años 70 del siglo XX, realizadas con bujarda, han desdibujado en buena medida las huellas originales del trabajo de los canteros. Aun así, me atrevería a sostener que esta forma tan característica de labrar la piedra —incluida la de la fábrica más antigua de la fuente Cayetana— responde a un mismo lenguaje constructivo desarrollado durante el primer tercio del siglo XVIII. No significa necesariamente que todas aquellas obras salieran de un único cincel o de la mano de un solo maestro. Más bien parece el fruto de una cuadrilla de oficiales

picapedreros formados en una misma tradición técnica, conocedores de idénticos recursos y fieles a una manera común de entender el oficio.

Antes de abandonar la fuente, me viene a la memoria la dura historia de Eulogio, padre de otro Eulogio, personaje legendario en Baños, hombre de extraordinaria bondad y de carácter singular, cuya vida terminó de forma tan triste como inesperada. Tenía la curiosa costumbre de recordar cada día las onomásticas y aniversarios de buena parte de los vecinos, sobre todo de los más mayores. Y aquella prodigiosa memoria, unida a su condición de parroquiano habitual de tabernas y barras, solía verse recompensada con un vasillo de vino manchego.

Pero quien ahora nos interesa es el padre, el primer Eulogio. Trabajaba como jornalero para las conocidas «Viudas», una de las familias principales del pueblo. Además de las faenas del campo que ocupaban sus jornadas hasta el toque del ángelus, tenía encomendada una tarea tan ingrata como imprescindible. Al caer cada tarde, acompañado de sus dos borricos, debía bajar hasta la fuente Cayetana para abastecer de agua la casa. Uno de los animales cargaba cuatro serones o aguaderas; el otro, de lomo más ancho y conocido por todos como Juanico, llevaba seis. Entre ambos transportaban el equivalente a diez cántaros de agua. Medio adormilado y armado de una paciencia infinita, Eulogio iba llenando uno a uno aquellos recipientes con el escaso hilo de agua que manaba de la fuente. La faena se prolongaba, noche tras noche, hasta bien entrada la madrugada. Aquella era la ración diaria destinada a cubrir las necesidades de la casa: la limpieza, la colada, el uso doméstico y el abastecimiento de moradores y servicio.

No era un trabajo especialmente duro por el esfuerzo físico que exigía, sino por la interminable espera que imponía el exiguo caudal de la Cayetana. Tan lento era el manar del agua que pocas noches conseguía Eulogio regresar a tiempo para calentar el jergón antes de que despuntara un nuevo día.

Ahora sí, dejando atrás historias que poco tienen que ver con nuestro camino y despidiéndonos de la fuente Cayetana y de sus virtudes —hoy reducidas a un hilo de agua que solo reaparece, de forma intermitente, cuando llueve a cántaros—, dejamos atrás el puente de nueva factura y continuamos la marcha encajonados entre las mallas de alambre que delimitan la vereda. No hay otra ocupación que recrearse en el paisaje. A nuestra izquierda se extiende un monte

bajo de extraordinaria riqueza, un auténtico mosaico vegetal donde se entremezclan diferentes jaras —pringosa, jaguarzo y estepa—, con retama, cantueso, mejorana y algunos ejemplares de escaramujo, antes de fundirse con un cerrado bosquete de encinas que tapiza la ladera. A la derecha, por el contrario, la lámina de agua abre el horizonte y convierte el paseo en un improvisado observatorio de aves. Según la estación y la hora del día, es fácil sorprender la mirada inmóvil de una garza real apostada en la orilla; contemplar el vuelo majestuoso de la cigüeña blanca —la negra, mucho más esquiva, rara vez se deja ver, pero se aprecia en el entorno de Peñalosa—; seguir las veloces evoluciones de abejarucos y golondrinas; observar las inmersiones de los cormoranes o escuchar el chapoteo de patos y los novedosos gansos del Nilo mientras lanzan al aire sus ásperos reclamos. En los cielos, con cierta frecuencia, tampoco suelen faltar a la cita diversos tipos de águila y buitres leonados, dueños absolutos de las corrientes térmicas.

Aquel paisaje, sin embargo, me despierta también recuerdos de una relación con el campo muy distinta de la actual. Vuelve entonces a mi memoria una mañana de liria con mi buen amigo *Juanatos*, allá por la loma de la *Quijá*, en noviembre, cuando el paso de los pájaros (emigración de las aves insectívoras). Estando en aquellos trajines cinegéticos, recogiendo las capturas del puesto, en un traspié, que nunca faltan, propiné una patada involuntaria a la jaula de un colorín utilizado como reclamo, un jilguero. De no haber sido por la rapidez y buen pulso de mi compañero, todavía estaría corriendo barranco abajo tras el enchironado. Eran otros tiempos, para lo bueno y para lo malo. Otra forma de vivir el monte, de entenderlo y, en cierto modo, de hacerlo cultura propia. Con los años, he llegado a la conclusión de que muchas de las convicciones que hoy sostengo nacieron precisamente de aquellas prácticas, que el tiempo, la experiencia y una nueva sensibilidad terminaron por poner en cuestión. Estas maneras de relacionarse con el monte también forman parte del aprendizaje que exige nuestra tierra.

5.- La Cultura Argárica

Atrás quedan los bancales del Huerto Rojo, tomados por un ejército de granados retorcidos y zarzas invasoras, entre las que aún resisten algunas higueras. En frente de nosotros, en la margen contraria de la lámina de agua, se abren los

barrancos de la Colmenera y la Conejera, donde se esconden dos singularidades del paisaje: el rajal de las Colmenillas, un fósil de la tradición apícola serrana, y la no menos extraordinaria fuente del Socavón, una mina de agua de probable origen romano, pequeña y recogida entre los pizarrones, casi siempre sumergida bajo las aguas del embalse.

Superada la curva que mira al collado de la Pacheca, intento descubrir el lugar donde mana su fuente. Pero con este venero sucede lo mismo que con la *Encantá* —un fantasmagórico personaje femenino cuyo espíritu, según la tradición, vaga por el Pilarejo espantando lavanderas y embaucando a los mozos de buen ver—: todo el mundo habla de ella, aunque nadie es capaz de señalar con certeza su emplazamiento.

Conviene advertirlo en este momento: quienes caminen con calma por este tramo, si mantienen la atención visual podrán descubrir, en la época adecuada, varias especies de orquídeas silvestres.

La Peña y la Salsipuedes

Tras unos metros de suave descenso, la mirada se dirige inevitablemente hacia el enorme roquedo de Peñalosa, que ahora se alza magnífico por nuestra siniestra dominando el paisaje y quebrando la línea del horizonte. No conviene, sin embargo, dejarse engañar por el nombre. Sobre la imponente roca de Peñalosa no se encuentra el enclave arqueológico que ha dado motivo a nuestra visita, este está situado a tiro de piedra y a poniente del risco, donde, de antiguo, el poblado se yergue sobre un espolón. Cortado en su parte meridional por el despeñadero de la Salsipuedes, su acrópolis se asoma dominando el valle del Rumblar.

En la década de 1970, cuando salieron a flote las viviendas y las murallas del poblado que hoy conocemos con el nombre de Peñalosa, gracias al buen tino de Eduardo Muñoz-Cobo, el paraje era tan agreste y despoblado que ni siquiera tenía una denominación propia. Así que, llegado el momento de bautizarlo, la elección fue casi inevitable: era mucho más sensato tomar el nombre de la peña que apoyarse en el apelativo del despeñadero, cuyo topónimo resultaba poco alentador. Desde entonces, el asentamiento quedó para siempre identificado como Peñalosa.



Lámina 14.- Cazoletas: en el arroyo de los Huertos y perimetral del poblado de Peñalosa.

Antes de llegar al poblado, confieso una tentación difícil de reprimir. Desoyendo cualquier norma, olvidándome por un instante de vallas, alambradas, guardas y cuqueros, me imagino saltando el cercado sin ceremonia alguna, internándome entre las charabascas y ascendiendo con sigilo hasta la peña. No me hagáis demasiado caso: solo son ensoñaciones. Aunque, dicho sea de paso, ¡cuánta cerca hay en Sierra Morena! Podría pensarse que el ascenso merece la pena únicamente por las vistas, magníficas en cualquier dirección. Sin embargo, no es el paisaje el único argumento de este lugar. La cima posee una atmósfera difícil de explicar, es como si se tratara de un antiguo santuario impregnado de una espiritualidad que aún perdura.



Lámina 15.- Enorme risco de Peñalosa / embalse del Rumblar y, al fondo, macizo granítico del Navamorquín.

Solo si intentamos mirar con los ojos de quienes habitaron estas sierras hace miles de años, desprendiéndonos por un momento de nuestra forma

contemporánea de entender la relación entre hombre y naturaleza, podremos intuir el significado de las numerosas cazoletas, alquerques y antropomorfos cruciformes grabados sobre la roca. Son marcas lapidarias que apenas alcanzamos a descifrar, mensajes silenciosos que desafían la comprensión de una sociedad tan acelerada como la nuestra. Todo apunta a que nos hallamos ante símbolos de carácter apotropaico, signos protectores ligados a un universo de creencias profundamente enraizado en los ciclos de la naturaleza: la tierra y el sol, la fecundidad y el misterio del nacimiento, la muerte y la incesante renovación de la vida. Su significado último quizá se nos escape sin solución posible, pero su presencia sigue invitando a la reflexión y al asombro.

Con estas ideas revoloteando en la cabeza, en permanente conversación con mi buen amigo Francis Merino Laguna, emprendemos el descenso con el máximo cuidado, procurando no abrir trochas nuevas ni desmadejar la huella que dejó la historia. No hay motivo para impacientarnos: el barranco y las piedras que conforman el poblado argárico ya están a la vista.

Y, llegados a este punto, la pregunta resulta inevitable: ¿qué demonios significa eso de «lo argárico»?

Aunque la lámina del pantano evita que seamos conscientes de ello, por frente nuestra, a la altura de la peña, las aguas de Valdeloshuertos que nos han acompañado durante el camino entregan finalmente su caudal al Rumblar. La primavera ha sido generosa y el embalse rebosa. Al fondo, tras la inmensa lámina de agua que sepulta los antiguos huertos del Marquihuelo y engulle al arroyo de la Plata —también afluente del Rumblar por su margen derecha—, se alza, inexpugnable, el macizo granítico del Navamorquín, con sus minas, sus tumbas antropomorfas y su castillo romano. Pero aquello es otra historia.

El sendero, convertido ahora en un regato de plata que encharca el camino, serpentea sin otra pretensión que guiarnos el paso mientras destellea bajo la luz de la primera mañana.

El poblado de Peñalosa se alza sobre un espolón de pizarra modelado durante millones de años por las aguas del regato de La Rumblosa, que se hunden precipitadamente por el flanco sur labrando el desfiladero de la Salsipuedes, y por las del arroyo de Valdeloshuertos que traíamos por levante. Por frente del

poblado, en la otra margen del Rumblar, también vierten las aguas de otros dos riachuelos, Marquihuelo y de la Plata, que mansamente discurren como uno solo por el hoyazo del Marquihuelo. La población de Peñalosa, levantada sobre tanta confluencia de aguas, dominaba la cuenca fluvial que se extendía a sus pies, aunque hoy duerma bajo la quietud de un embalse que ha sepultado para siempre viejos caminos y desvelos.



Lámina 16.- Camino bajo la roca de Peñalosa / barranco de la Salsipuedes y arroyo de la Rumblosa.

Cuando, como este año, las lluvias han sido abundantes, cuesta comprender el origen del nombre de la Salsipuedes. Sin embargo, cuando el Rumblar agoniza por la falta de agua y la barranquera recupera toda su profundidad y se encajona, resulta fácil entender que aquel apelativo no obedecía a un simple capricho. Es entonces que se revela con claridad la defensa natural que protegía el caserío argárico. El poblado está rodeado por el abrupto acantilado de la Salsipuedes, que lo ciñe en un amplio arco suspendido sobre el abismo, aunque para su defensa también fue necesario levantar murallas de diferente naturaleza. Sus flancos norte y oriental, a falta de despeñadero que evitara el acceso de los intrusos, se vieron reforzados con una sólida muralla formada por tres paños y varios bastiones macizos, que garantizaban la defensa y custodiaban dos puertas monumentales, al sur y norte.

Hay quien sostiene, quizá dejándose llevar por la imaginación, que el risco de Peñalosa, con la enigmática presencia de sus marcas lapidarias, reproduce el firmamento. En contraste, en la oscuridad del profundo tajo de la Salsipuedes se hunde un infierno—a pesar de la luz simbólica que parecen irradiar las cazoletas repartidas aguas arriba, en ambas márgenes del arroyo—.

En un traspié, mientras nos recreamos en el silencio de la mañana, la recortada silueta de Peñalosa se deja entrever entre las encinas. Su perfil quiebra un horizonte de colores cambiantes, un cielo entrecortado por la piedra que se levanta en permanente rebeldía.

Con toda probabilidad, la población originaria estaría formada por grupos clánicos marginales provenientes de la actual comarca de La Loma. Primero se establecieron en los poblados del Cueto (Castillo de Baños) y Cerro Tambor, con la finalidad de rentar los filones metalíferos de la trinchera vecina del Polígono-Contraminas, para después penetrar en la Cuenca del Rumblar y organizar un verdadero dominio territorial integrado por poblados principales, fortines y núcleos mineros.

Murallas, acrópolis y viviendas fueron levantadas por vez primera hacia el 1900 antes de nuestra era, aunque después, en torno al 1600 y tras un incendio, hubo una remodelación y ampliación del área habitada, que incluyó la creación de una enorme cisterna. Algunos autores argumentan que las murallas de pizarra fueron erigidas para defenderse de un posible enemigo, pero también hay quienes razonan que se armaron para doblegar a quienes habitaban el interior del poblado. Sin embargo, las numerosas campañas arqueológicas y el minucioso trabajo de investigadores y auxiliares han ido desdibujando esta última interpretación. Hoy se relata un panorama diferente: en aquellas comunidades, pese a existir cierta jerarquización, las diferencias sociales fueron livianas durante buena parte de la existencia del poblado. Finalmente, conforme la sociedad fue ganando años, las clases sociales acabarían acentuándose.

Sus habitantes, que vivían principalmente de la obtención de cobre arsenicado y de su transformación metalúrgica, fabricaban herramientas, armas y una especie de lingotes de metal conocidos como galápagos. Destinados a intercambio comercial, recibían tal apelativo porque su forma recuerda el caparazón de este reptil. Tras cuatro siglos de convivencia, la población abandonó el asentamiento de forma pacífica sin que la arqueología haya encontrado indicios de una destrucción violenta ni desentrañado las causas en firme de aquella huida.

En su estado actual, nada de esto se parece a lo que contemplé la primera vez que caminé por el enclave y supe de su lugar en la historia. La fecha se pierde en el altillo de mi desmemoria, aunque debió de ser a finales de los años setenta

y me acompañaba mi buen amigo José Adolfo Estepa. Salimos en busca de alguna piedra que nos contara una historia y justificara la aventura de una mañana de intrigas. En cambio, encontramos un buen puñado de tiestos y el nacimiento de una curiosidad insaciable por conocer y entender el pasado. También regresamos con una generosa colección de arañazos y moratones, fruto de correr como pollos sin cabeza por unos vericuetos que desconocíamos: el arroyo de la Rumblosa. Con todo, aquellas magulladuras eran propias de la edad, como los coscorrones, pues forman parte una manera de comprender que, a fuerza de tropezones, te haces con los caminos. Con la edad, ya habría tiempo para caminar despacio, sentarse a la sombra, abrir la talega y comer con tranquilidad. El silencio haría el resto.

Y, al hilo de esto, quizá es el momento oportuno para dar cuenta del bocadillo para después franquear las defensas y adentrarnos en el poblado.

El poblado de Peñalosa

El camino difumina su trazado frente a la muralla, a levante de la entrada meridional. A primera vista, el frente fortificado podría parecer una gigantesca escalinata, pero la realidad es bien distinta. Se trata, en efecto, de la sucesión de tres líneas de muralla conservadas a distinta altura, por la erosión natural producida durante milenios, y reforzadas por varios bastiones que abrazan y protegen el conjunto de la acrópolis oriental.

En su interior se alzan amplias viviendas de planta rectangular, construidas con mampuestos de pizarra trabados con argamasa y revocados con un mortero de barro enriquecido con cal. Las cubiertas, de escasa pendiente, respondían a un sistema constructivo tan ingenioso como eficaz: pilares y vigas de alcornoque —y, en menor medida, de encina— sostenían un entramado de monte bajo sobre el que se disponían sucesivas capas de barro, rematadas finalmente con lajas de pizarra.

En el interior de aquellos habitáculos convivían el hogar y el trabajo, el descanso y la muerte. En un mismo espacio doméstico se integraban la cocina, el taller, el lecho y la fosa, reunidos todos ellos en una única realidad cotidiana.

Pero no adelantemos acontecimientos; ya llegará el momento de relatar sus prácticas funerarias. Se penetra en el poblado por un angostísimo corredor, la

Puerta Meridional, apenas una rendija abierta entre muros de pizarra de una anchura descomunal y, en su día, unos cuatro metros de altura. Dejando atrás el vestíbulo, se asciende por calles estrechas y empinadas que obligan a avanzar en zigzag. En un recodo a la izquierda, sobre un banco de pizarra elevado, queda atrás lo que pudo ser el pozo fundacional del poblado. En su fondo, en el marco de un complejo banquete ritual y tras sacrificar numerosos animales, entre los que destacaba el amplio número de equinos, se depositaron los despojos del festín mientras se invocaba el favor y la protección de los dioses para asegurar la prosperidad del asentamiento.

Quedando atrás una vivienda que oculta entre sus piedras un foso romano posterior, se discurre por la acrópolis oriental a través de un corredor encorsetado. Se trata de un inmenso granero comunal protegido por muros poderosos, un auténtico castillete en el interior de la fortaleza que se eleva sobre el resto del poblado como si se tratara de un pequeño alcázar. Desde allí, convertido en referencia visual para cuantos transitaran por el interior de la cuenca del Rumblar, el asentamiento dominaba el territorio con la misma autoridad con que, hace casi cuatro mil años, debió de contemplar el ir y venir de sus habitantes.



Lámina 17.- Peñalosa, muralla sur y sureste.

Apiñadas bajo el dominio de la acrópolis encastillada, en la ladera norte las viviendas se derraman y escalonan sobre tres enormes *terrazones*, hasta conformar un intrincado dédalo de callejas que nada tiene que envidiar al legendario laberinto del Minotauro cretense. El poblado, cuya disposición evoca en cierto modo el urbanismo alpujarreño, se completaba en las terrazas inferiores con una gigantesca cisterna capaz de almacenar hasta 400.000 litros de agua.

De dimensiones monumentales, recogía la escorrentía procedente de tejados y calles para abastecer las necesidades domésticas, servir de abrevadero al ganado, prevenir los incendios derivados de las actividades metalúrgicas… y, quién sabe, quizá también alimentar prácticas rituales hoy perdidas en el dédalo del tiempo.

Al abrigo de las viviendas, aunque siempre en busca de cualquier hilo de luz que penetrara desde el exterior, se disponían los telares para trabajar lana y lino. También podemos identificar los característicos molinos barquiformes, con los que se molían cebadas y trigos. Ocultos bajo los bancos corridos de los hogares, enterrados bajo la solería o elevados en el rincón principal de la estancia, como si de un altar se tratara, reposaban los ancestros. Depositados en posición fetal dentro de cistas o *pithoi* y acompañados por un ajuar compuesto por los útiles de su vida cotidiana y estatus social—armas, herramientas, copas, vasos carenados o semillas de cantueso—, aquellos difuntos del Bronce ocupaban un lugar central en la *domus*. Su presencia convertía la casa en un auténtico santuario doméstico, donde la memoria de los antepasados magnificaba el linaje y reforzaba la identidad de la comunidad.



Lámina 18.- Terraza superior y puerta norte flanqueada por anchos bastiones.

Dejando atrás el calor de los hogares, identificando algunas de las secuelas del incendio accidental que arrasó vidas y viviendas transformando para siempre la organización de la trama urbana, reemprendemos el camino. Aún habrá lugar, en un anchurón abierto bajo la acrópolis, de identificar un corral destinado a la estabulación del ganado —principalmente cabras y ovejas—. También debió ser

utilizado como lugar para socializar, como foro de encuentro, espacio de juego y escenario de los corrillos cotidianos. Abandonamos el poblado por el monumental acceso norte que, en acusado descenso y encajado entre dos enormes bastiones, nos conduce a las aguas del embalse. Atrás quedan el pernio y el tranco de granito de la puerta, detalles que solo descubren quienes saben detener la mirada y escuchar en el silencio.



Lámina 19.- Vista cenital de la puerta norte y general del poblado. Fuente: Proyecto Peñalosa.

Nada más franquear la puerta, a nuestra derecha se alza un muro singular que asciende ladera arriba. Asentado sobre bastiones circulares, prolonga su recorrido hacia levante mediante una trinchera y una senda empedrada con cantos rodados, como si se tratara de un camino litúrgico. Se interpreta habitualmente como un paño de muralla o una contramuralla exterior, concebida con una finalidad estrictamente defensiva. A partir de esa premisa, de su organización, se han elaborado hipótesis sobre las desventajas tácticas que podría tener un potencial atacante diestro, que sería un número dominante de la población. Para ello se han tenido en consideración estudios comparativos realizados en otras fortificaciones argáricas, especialmente en La Bastida (Murcia).

Sin embargo, y poniendo en cuestión su finalidad defensiva. ¿Podría esta estrechura desempeñar un papel simbólico o ceremonial relacionado con los equinoccios, los solsticios, el ciclo de las estaciones y el calendario agroclimático? Llevando la conjetura un paso más allá, cuando ambas murallas —la interior y la exterior— conservaban toda su altura, la forma y la orientación del espacio comprendido entre ellas podrían evocar, al menos para quien

escribe, el corredor ceremonial de un dolmen, aunque abierto. Resulta imposible determinar si llegó a cubrirse con alguna estructura vegetal, pero la posibilidad no puede descartarse.

En relación con este argumento, cobran especial interés las cazoletas labradas en la solería de su interior, sobre la misma pizarra. Ahí están, dispersas como migas de pan que invitan a seguir un rastro. Por un momento, haciendo las veces de Pulgarcito, no puedo evitar adentrarme por una senda interpretativa que muchos considerarán intransitable: ¿podría la alineación de esas cazoletas guardar relación con la salida y la puesta del Sol durante los equinoccios?



Lámina 20.- Cazoleta en Salsipuedes, frente a la perra, y alquerques de tamaño diminuto.

En esa situación, encajados entre tanta roca y alzando la vista hacia un revolutum de pizarra inconcebible, tomamos conciencia de la inmensa cantidad de piedra que debió removerse y del esfuerzo que aquella empresa debió de exigir. Sin duda fue obra de muchos hombres, de varias generaciones, cuando no el resultado de una labor permanente. ¡Qué pobre es el brillo del metal, que exige los mayores sacrificios sin enriquecer jamás el alma!

Y allí, tendida al exterior y ajena a toda nuestra retahíla de reflexiones, una estructura circular permanece impasible. El círculo, nacido al amparo de una determinada forma de concebir el mundo y de relacionarse con la diosa, cayó en el olvido para que la comunidad terminara encajándose entre esquinas. Mientras recorríamos las cotas superiores, identificábamos que las viviendas eran rectangulares y estaban divididas en espacios diferenciados, como si de habitaciones se tratara. Sin embargo, por llevar la contraria a esa lógica, en el

exterior aún parece haber quien se empeñó en mantener la antigua tradición: la de quebrar los ángulos, doblarlos hasta hacer desaparecer las esquinas.

Así es, extramuros encontramos una construcción anómala para la Edad del Bronce, más propia de la etapa precedente, la del Cobre. La erosión provocada por el pantano dejó tan escaso material en su interior que hoy resulta imposible determinar cuál fue su función o aventurar una teoría sólida sobre su origen. ¿Pudo destinarse a actividades artesanales? Es posible, pero existe, sin embargo, un dato revelador: este tipo de unidades de habitación, circulares y situadas fuera del recinto principal, aparece en algunos poblados amurallados del Neolítico de la Sierra de Jaén. Allí cumplían una función bien definida. Eran espacios francos, un enclave destinado a recibir heraldos y embajadas de comunidades vecinas o lejanas; lugares en los que negociar sin mostrar todas las cartas de la mano. El hecho de no franquear las murallas impedía revelar las verdaderas defensas y la fuerza de guerra del poblado.



Lámina 21.- Contramuralla exterior, cabaña circular externa y murallón noreste.

Sea o no el origen de esta construcción, la posibilidad permanece abierta. Lo único cierto es que el círculo representa el encuentro entre iguales.

Y, con todo esto, ¡casi olvidábamos hablar de los asuntos argáricos! Lo cierto es que Peñalosa formaba parte de un amplio conjunto de comunidades integradas en una entidad cultural mucho mayor, dotada de rasgos bien definidos en sus patrones urbanísticos, su cultura material y sus prácticas funerarias. Adscrita a la Edad del Bronce, esta cultura se extendió por los actuales territorios de Almería, Murcia y Granada, alcanzando también, aunque con menor intensidad, Alicante, Albacete, Jaén y Málaga. Incluso hay quienes sostienen que su

influencia llegó a desbordar esos límites y se derramó sobre la llanura manchega, donde tradicionalmente se ha certificado la presencia del Bronce Manchego.

Los primeros testimonios de esta cultura fueron identificados por los hermanos Enrique y Luis Siret, dos ingenieros de minas belgas que, vaya usted a saber por qué extraña combinación de azar, ambición y mineral, terminaron excavando en el rincón sureste de la Península. Fue en el yacimiento de El Argar, situado en el municipio almeriense de Antas, donde documentaron por primera vez las características de esta sociedad prehistórica. De aquel enclave procede, precisamente, el nombre con el que hoy conocemos a toda esta extensa comunidad cultural: argáricos.

Poco queda ya por hacer, salvo olisquear cuanto aún se resiste a ser comprendido. La tarde declina y la perrilla reclama el camino de vuelta. Nos marchamos dándole vueltas a las enormes cazoletas que bordean el poblado, como si de un limes territorial se tratara, y a otras que parecen dibujar una constelación que inevitablemente nos recuerda a Tauro, el uro sagrado. Pero también nos preguntamos qué destino pudieron tener otras marcas lapidarias, como el santuario de las Espirales, o a la multitud de *betilos* que salpican ambas laderas del arroyo de la Rumblosa[5].



Lámina 22.- Cruciforme, espirales, cazoletas y canaletas. A la derecha, posible constelación de Tauro. Fotografías 22.1 y 22.2: Francisco Merino Laguna.

[5] CANTARERO QUESADA, J.M. (2026): "Calvarios y marcas lapidarias: continuidad simbólica entre la prehistoria y la tradición cristiana. Baños de la Encina (Jaén)". *Revista Argentaria, Vol. 30*. En imprenta.

La perra me observa en silencio, igual se pregunta cómo es posible que alguien sea capaz de rumiar semejante colección de dislates.

Atrás queda la mole de Peñalosa. Lo que a nuestros ojos podría parecer un murallón imperecedero se deshace, en realidad, lentamente, como polvo de ceniza arrastrado por el fuego de los siglos. En la pizarra, con cada laja que se desprende, desaparece una crónica, una página de la memoria que se desvanece como el recuerdo de los difuntos.



Lámina 23.- De regreso caminando entre estratos verticales de pizarra: piedemonte de Cerro Moyano.

La peña nos despide desde lo alto, insinuando que guarda mucho más de lo que hemos alcanzado a comprender. Pero siempre quedará otra visita, otra oportunidad para descubrir un nuevo matiz. Siempre habrá ocasión de desentrañar una nueva historia, quizá pequeña e insignificante en apariencia, aunque suficiente para añadir otro grano de conocimiento sobre la manera de vivir de aquellos pobladores. Ellos sajaron la tierra y la cubrieron de cicatrices en busca de un «dorado» que tal vez nunca existió, pero cuya promesa ha alimentado, desde el principio de los tiempos, la insaciable sed de la ambición humana.

6.- Un día más… y una historia menos

Y regresamos por donde habíamos venido, desandando las gastadas piedras de su camino «romano». Con cada regreso hago recuento de las espigas, del cordón maestro y de cada uno de los ripios que sostienen el empedrado. He llegado a pensar que, con cada caminata, con cada matiz que descubro y con cada historia que vuelvo a leer, el camino pierde una piedra; como si el simple hecho de contemplarlo fuera también una forma de desgastarlo, de ir borrándolo poco a poco de la memoria de la tierra.



Lámina 24.- ‘Camino Romano’.

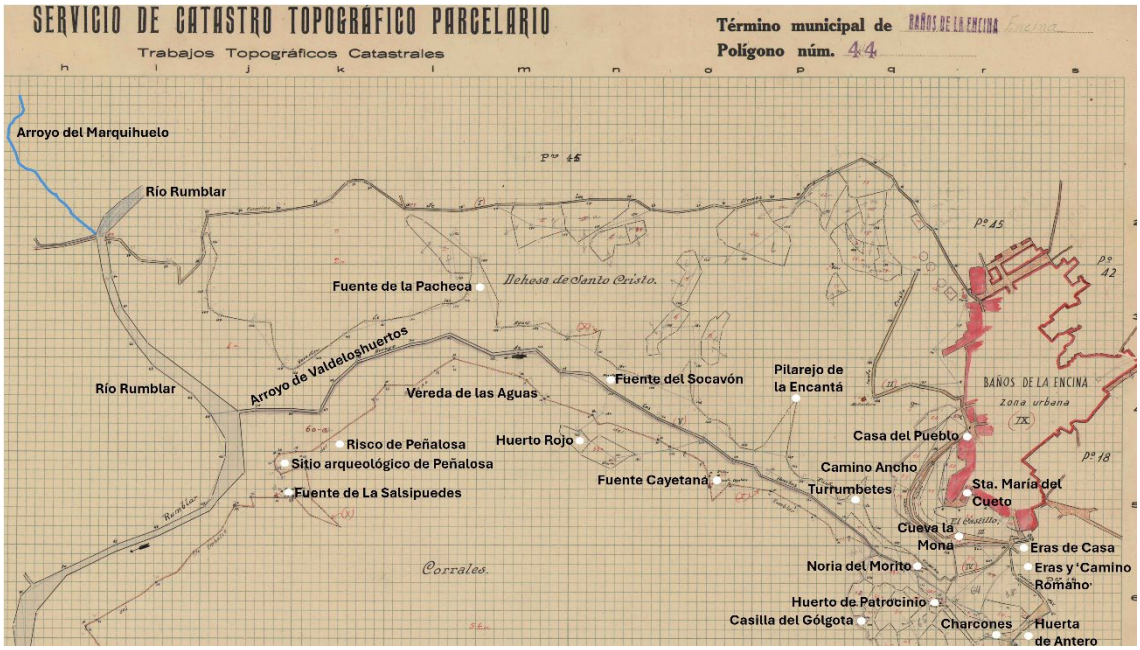


Lámina 25. Localización de recursos. Fuente: Polígono 44 del parcelario de Baños de la Encina, año 1941. Servicio de Catastro Topográfico Parcelario. Elaboración propia.